

El uso práctico de la razón.

La filosofía kantiana se articula en torno a **tres preguntas**: ¿qué puedo conocer?, ¿qué debo hacer? Y ¿qué me cabe esperar? Estas tres preguntas se subsumen en otra: ¿qué es el hombre? La razón pura, en su uso teórico, contesta la primera cuestión. La razón práctica contesta la segunda. La tercera cuestión es, a la vez, teórica y práctica.

Esto no es así porque en el hombre haya dos razones, sino porque la **razón** humana tiene, a juicio de Kant, **dos funciones** diferentes: una se ocupa de saber **cómo son las cosas** (uso **teórico**); la otra de la **conducta humana**. La primera es capaz de averiguar lo que podemos saber, pero no cómo debemos vivir ni qué podemos esperar. Para esto se necesita la razón práctica. En lo que sigue, nos ocuparemos del **uso práctico** de la razón por lo que nos situaremos en el ámbito de la **ética**. Aquí la razón no tiene que demostrar nada, sino exponer sus opiniones.

El problema de la ética en las filosofías anteriores es que la hacían depender de una serie de **elucubraciones metafísicas**. Kant nos liberó de ello y, de este modo, convirtió la moral en el espacio de la **libertad**. Pero para ello tuvo que proponer una nueva metafísica, una **metafísica crítica**, analizar las distintas **teorías éticas** y poner de manifiesto sus **puntos débiles**. En lo que sigue expondremos el resultado de su trabajo.

Como sabemos, Kant establece **límites al conocimiento** humano y estos límites vienen dados, por un lado, por la **experiencia** y, por otro, por nuestra **estructura cognoscitiva**. Solo conocemos los **fenómenos**, aquello que podemos percibir tal y como lo percibimos. No podemos conocer los **noúmenos**, lo que la realidad sea en sí misma. Ahora bien, aunque no podemos conocer los noúmenos, podemos reflexionar acerca de ellos. En este sentido me permito recordar que Kant considera que, para que haya conocimiento, son necesarios tanto elementos materiales como formales.

Hasta el **siglo XVIII** las teorías éticas eran **materiales**, puesto que tenían un contenido concreto. Reunían las siguientes características:

Empíricas porque sus preceptos y contenidos se basaban en la experiencia.

Hipotéticas porque proponían preceptos sujetos a condiciones.

Heterónomas porque los preceptos o normas no procedían de la razón, sino de inclinaciones materiales.

Estas teorías eran consideradas **consecuencialistas**, ya que tenían en cuenta las consecuencias de nuestros actos, y **teleológicas**, puesto que entendían que toda acción moral persigue un fin. Entre estas teorías destacan la aristotélica, la epicúrea, la tomista,...

Sin embargo, Kant piensa que la auténtica **moralidad** debe establecer sus principios desde la **razón** y no desde nuestras **tendencias naturales**. Así mismo, tiene que ser **formal**, carecer de un contenido concreto.

Las características de la ética kantiana son las siguientes:

A priori, es decir, universal y necesaria. Independiente de la experiencia.

Categorica porque nuestras acciones morales no deben basarse en condiciones

Autónoma porque es el propio sujeto el que decide cómo actuar.

La ética kantiana es, en definitiva, una **ética de principios y deontológica**. Es decir: la acción moral no debe perseguir ningún fin, ni esperar nada a cambio. El ser humano debe actuar por deber.

En este sentido, Kant distingue tres **tipos de acciones**: **contrarias al deber** (por ejemplo, un alumno que se copia en un examen), **conforme al deber** (un alumno que no se copia por miedo al castigo) y **por deber** (un alumno que no se copia porque sabe que no debe hacerlo). Solo estas últimas acciones son moralmente buenas. El valor moral no está ni en el fin ni en los medios, sino en el móvil: **el deber por el deber**.

Para que esta moral se universal, como Kant pretendía, tiene que fundamentarse en **leyes** (principios objetivos y universales), no en **máximas** o reglas (subjetivas y particulares).

A estas leyes Kant las llama **imperativos**. Proviene de la razón y de la voluntad y tienen que ser categóricas, no hipotéticas ni condicionadas.

Veamos brevemente la diferencia entre un imperativo **categórico** y un imperativo **hipotético**. Por ejemplo, el imperativo categórico como no está sujeto a condiciones, diría: "Di la verdad". Por el contrario, el imperativo hipotético, que es condicionado, diría: "Si no dices la verdad, entonces nadie se fiará de ti".

En esto podemos reconocer que Kant no ofrece reglas de conducta –algo que sí hacen las éticas materiales- sino criterios racionales para determinar la validez de todas las reglas.

Kant explica el imperativo categórico en la **Fundamentación de la metafísica de las costumbres** (1785) y en la Crítica de la razón práctica (1788). En estas obras expone distintas **formulaciones**. Dos de las más conocidas son:

-Obra solo de acuerdo con la máxima por la cual puedas querer al mismo tiempo que se convierta en ley universal. En un lenguaje más coloquial viene a decir que hagas aquello que te gustaría que hicieran los demás si estuvieran en tu lugar.

-Obra de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu propia persona como en la persona de cualquier otro, siempre a la vez como un fin, nunca simplemente como un medio. Dicho de un modo menos académico: trata a las personas y a ti mismo como fines y no como medios. No las utilices, no las cosifiques.

Como vemos, en ningún caso nos dice qué hacer concretamente. En esto podemos reconocer que no se trata de una ética material.

Uno de los problemas que presenta la ética kantiana es que actuar por **deber** no conduce a la **felicidad**. En la ética kantiana, a diferencia de la aristotélica, por ejemplo, la virtud y la felicidad no coinciden. La persona virtuosa no tiene por qué ser feliz. Es más: a veces hacer lo correcto nos lleva a ser infelices. Este **desencuentro** entre virtud y felicidad es una **antinomía** de la razón práctica. Debido a esta antinomía no es posible alcanzar el bien supremo (unión de virtud y felicidad). No, al menos, en este mundo fenoménico; pero sí en el nouménico.

Las leyes morales presuponen unos **postulados**. Los postulados son afirmaciones consideradas verdaderas aunque no se pueden probar. Los postulados son a la ética lo que los **axiomas** a las matemáticas: principios, puntos de partida indemostrables, pero necesarios.

Es necesario postular (**admitir sin necesidad de demostración**) la existencia de la **libertad** para que se pueda hablar de la acción moral. Sin libertad no existiría responsabilidad. Así mismo, Kant considera postular la inmortalidad del alma para que la progresión moral no se detenga con la muerte.

La **inmortalidad del alma** requiere postular, a su vez, la existencia de un **ser supremo** que garantice dicha inmortalidad y, con ello, el logro del **bien supremo** (unión perfecta entre virtud y felicidad).

Contra el férreo **control de las conciencias**, ejercido no pocas veces por el Estado y la Iglesia, Kant defiende la autonomía del ser humano. A su juicio, el Estado se fundamenta en el derecho y este en los principios morales, es decir, en la ética (*La paz perpetua*, 1795). En cuanto a la Iglesia, Kant considera que la **religión** no es determinante de la moral sino que, en todo caso, ocurre al revés. La religión a la que alude Kant es la **religión natural**, no la **revelada** (*La religión dentro de los límites de la mera razón*, 1793). Es fácil observar cómo encaja todo esto dentro del marco de la **Ilustración**.

La ética kantiana es, sin duda, **exigente**. Ha sido criticada por su rigor y es considerada **individualista, alejada de la realidad y poco empática**. Su “*fiat iustitia, pereat mundus*”, ¿no nos aleja de nuestros semejantes? En esta línea se sitúa la crítica de **Bertrand Russell**.

Por otro lado, cuando tomamos una decisión no solo cuenta nuestra razón. Nuestros sentimientos no pueden quedar al margen. Tampoco las consecuencias de nuestros actos. **Filósofos neokantianos**, como J. Habermas, proponen, desde las éticas dialógicas, que la norma moral la decidan todos los afectados por una situación a través de un diálogo racional.

Las **éticas contemporáneas** - menos teóricas- intentan tener en cuenta tanto los principios que nos mueven a actuar como las consecuencias de nuestros actos.

En conclusión, *la Crítica de la razón pura* nos ha mostrado que la **razón** tiene unos **límites**: nuestro **conocimiento** no puede extenderse más allá de la **experiencia**. Pero esta **limitación negativa** de la razón posibilita el **uso positivo** de la misma: no podemos conocer los fenómenos, pero es posible **pensarlos**. ¿Y esto por qué es importante? Porque necesitamos tomar decisiones que traspasan los límites de nuestra experiencia, de nuestro conocimiento. Por ejemplo, saber qué es la **eutanasia**, no evita que tomemos la decisión de aceptarla o rechazarla.

La diferencia entre **conocer** y **pensar** es fundamental para entender a Kant. El conocimiento apela a la experiencia, a lo que se puede demostrar. El pensar tiene que ver con aquello que podemos concebir sin condiciones (siempre que no incurramos en contradicciones). Es necesario para resolver problemas y **tomar decisiones**.

A lo largo del desarrollo hemos caracterizado las teorías éticas que preceden a Kant, así como la propuesta kantiana. Y hemos señalado tanto sus **aciertos** como sus **limitaciones**

La moral, para Kant, no puede cimentarse en las **tendencias naturales** porque no es propio de seres humanos que esto sea así. Sería más propio de **bestias**. Nuestra conducta no se rige por las leyes de la naturaleza, sino por las **leyes morales** que son fruto de nuestra **razón** y de nuestra **libertad**.

Debemos obrar solo por respeto al deber. Esto quiere decir que no debemos pensar en las consecuencias de nuestros actos, ni en posibles recompensas, sino en cumplir con nuestro deber. Solo así se supera el cumplimiento de un mandato como mera legalidad para adentrarse en el terreno de la moralidad. Así es la ética kantiana. Puro rigor asentado en la necesidad de pensar por nosotros mismos, de pensar más allá de nuestros conocimientos y de nuestras certidumbres.